



NORBERT ELIAS

LA SOLEDAD
DE LOS MORIBUNDOS



CENTZONTLE





NORBERT ELIAS

LA SOLEDAD
DE LOS MORIBUNDOS

Prólogo

FÁTIMA FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

Traducción

CARLOS MARTÍN



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en alemán,	1982
Primera edición en español, FCE España,	1987
Segunda edición, FCE México (Sociología),	1989
Tercera edición (Centzontle),	2009
Cuarta reimpresión,	2018

[Primera edición en libro electrónico, 2015]

Elias, Norbert

La soledad de los moribundos / Norbert Elias ; pról. de Fátima Fernández Christlieb ; trad. de Carlos Martín. — 3ª ed. — México : FCE, 2009
139 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Centzontle)
Título original: *Über die Einsamkeit der Sterbenden*
ISBN 978-607-16-0117-9

1. Muerte 2. Filosofía I. Fernández Christlieb, Fátima, pról. II. Martín, Carlos, tr. III. Ser. IV. t.

LC BD434

Dewey 128.5 E42s

Distribución mundial

© 1982, Suhrkamp Verlag, Fráncfort del Meno
Título original: *Über die Einsamkeit der Sterbenden*

D. R. © 1987, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55)5227-4672

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0117-9 (rústico)
ISBN 978-607-16-3111-4 (electrónico-epub)
ISBN 978-607-16-3120-6 (electrónico-mobi)
ISBN 978-607-16-3922-6 (electrónico-pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Índice



Prólogo ❖ 7

LA SOLEDAD DE LOS MORIBUNDOS ❖ 19

Apéndice. El envejecimiento y la muerte:
algunos problemas sociológicos ❖ 109

Prólogo



¿Qué hacer para que la despedida de este mundo se viva como algo natural? ¿Qué palabras podemos pronunciar, ante un moribundo, cuando nuestra época ha cancelado las frases que podrían aliviar el camino a la muerte? ¿Por qué evitamos que los niños estén presentes cuando alguien muere? ¿Hay maneras de que el moribundo se sienta menos solo? ¿Todos los que están a punto de morir necesitan compañía o hay algunos que prefieren no ser molestados? ¿Qué hace uno cuando sabe que el moribundo preferiría morir en casa y no en el hospital, pero sabe también que en casa va a morir antes? ¿Somos capaces de cambiar nuestra conducta social respecto al aislamiento en que hoy viven la mayoría de los ancianos y los moribundos? ¿Cómo lograr que el conocimiento médico no se circunscriba a lo biológico?

Norbert Elias no da recetas ni responde directamente estas preguntas que él mismo plantea. Ofrece elemen-

tos para la reflexión, documenta y expone experiencias, observaciones e investigaciones sobre el comportamiento de cada civilización frente al hecho de morir.

Si alguien ha reflexionado sobre moribundos cercanos, ése es Elías: hijo único de un matrimonio judío al que no logra convencer de salir de Alemania cuando ya se hacen presentes algunos signos de la catástrofe que se avecina. Su padre muere en 1940 y su madre es asesinada en Auschwitz. El dolor lo deja existencialmente varado.

Era ya un sociólogo con una obra consistente, cuando se ve rebasado por los acontecimientos familiares. Abandona sus proyectos intelectuales y busca esculpir su rabia a través del boxeo profesional. Dedicar dos años a esta actividad. Cansado de los golpes que no mitigan su desazón interna ensaya otra solución. Si Freud y quienes lo siguen, o lo cuestionan, ofrecen una forma más evolucionada de obtener paz, él quiere encontrarla. Se psicoanaliza, se forma como terapeuta, ejerce esta profesión y con ello recupera parte de la armonía perdida. Durante una década no escribe ni un renglón.

En los años cincuenta regresa a su actividad académica. Redacta una obra sociológica descomunal, entreverada con reflexiones filosóficas y médicas, producto de su estudio universitario en ambas disciplinas. En 1982, ocho años antes de morir, publica el libro que el lector tiene en sus manos.

La soledad de los moribundos está integrada por dieciséis pequeños apartados, en los que muestra diversos ángulos desde los que mira la muerte, y por un apéndice con planteamientos sociológicos y personales acerca de las dificultades del envejecimiento. El libro abre con una pregunta tácita: ¿cómo afrontamos el hecho de que vamos a morir? Hay cuatro posibilidades según Elias: usar la forma más antigua que es pensar que existe una vida posterior; reprimir la idea de la muerte; pensar que otros mueren pero uno no y una última, que el autor puso en práctica los últimos cuarenta años de su vida: mirar de frente a la muerte.

La premisa inicial de su ensayo es que sólo para los seres humanos es un problema morir, para los animales no. Éstos tienen un comportamiento innato cuando su ciclo vital ha terminado, no tienen nada que decidir, sólo dan cauce a conductas predeterminadas genéticamente. La especie humana, por el contrario, manifiesta comportamientos adquiridos que se van modificando según las épocas. Cada fase del proceso de la civilización construye sus propias actitudes y rituales.

En la Edad Media, por ejemplo, había menos recursos para aliviar el tormento de la agonía y no se acostumbraba excluir al moribundo de la vida comunitaria. Se moría ante los ojos de muchos y con su par-

tipación. La contemplación de cadáveres en descomposición era frecuente. Hoy se transporta a los cuerpos sin que despidan olor alguno, se les viste y se les arregla con gran asepsia. Antes se hablaba más abiertamente de la muerte y los niños presenciaban angustias y estertores. No había esa especie de censura social. Hoy los adultos muestran un pudor que es más bien un temor al hecho de morir. El vocabulario se ha empobrecido. Quien está muriendo se siente más solo que en otras épocas. Justo cuando se requiere una fuerte participación emocional es cuando brota con mayor rigor el autocontrol. Se emiten fórmulas estereotipadas, damos el pésame con palabras gastadas, no logramos expresar lo que sentimos ante la muerte.

El telón de fondo para este texto de Norbert Elias es su obra anterior, es su análisis de largo plazo sobre los procesos sociales, es su intento sostenido de construir una teoría de la evolución humana, es su convicción de que somos profundamente interdependientes. El trabajo de este sociólogo es fascinante porque el impulso e hilo conductor es su deseo implacable de desentrañar la naturaleza humana a partir del hecho histórico que desgarrar su propia existencia, sin desvincularlo de la larga marcha de la humanidad sobre la Tierra.

No comienza de cero, tampoco se circunscribe a una disciplina. Estamos ante un pensador que buscó

comprender lo que ha hecho, hace y puede hacer el *homo sapiens*. Cumplió con la regla que se impuso: ser sociólogo sin dejar de ser un hombre entre los demás, ser sujeto y a la vez objeto de estudio científico de los entramados sociales. Rescató, sin prejuicios, siglo y medio de intentos por convertir al estudio de lo social en una ciencia, y en esta tarea puso el acento en el sometimiento de las tensiones y conflictos para evitar la confrontación violenta. Se lamenta de que las generaciones posteriores a la suya resuman lo ocurrido en la Alemania nazi con un término empobrecido: fascismo. Él sabe que la raíz de lo ocurrido se halla en la ausencia de autocontrol personal y colectivo de quienes tomaban decisiones en el Tercer Reich. Pero su obra no se centra en Alemania ni el siglo xx. Cada ángulo de la vida colectiva tiene su propia génesis social.

Rastrea en culturas muy distintas los fenómenos más disímbolos. ¿Cuál es el pensamiento que sustenta cada práctica social? ¿Por qué se organizan así los hombres? ¿Por qué creen lo que creen? ¿Cómo construyen sus reglas para hacer deporte, para medir el tiempo, para consagrar a un músico, para usar los cubiertos en la mesa, para velar a sus muertos?

Elias documenta y examina hechos, épocas, colectividades para desentrañar móviles sociales. En el caso de la muerte y la soledad de los moribundos no

sólo echa una mirada a la historia de la humanidad sino que además se detiene breve y elegantemente, sin mencionar que se trata de un dato autobiográfico, en el brutal aislamiento que padecieron miles de judíos rumbo a las cámaras de gas.

Las reflexiones que Elias nos ofrece sobre la muerte en el siglo xx se entreveran constantemente con análisis de épocas precedentes. Recuerda, por ejemplo, que en el siglo xvii los hombres aún lloraban en público ante sus muertos, los poetas no tenían problema en referirse a los gusanos que devoraban la carne humana y en la centuria siguiente, los gobernantes se referían explícitamente a la muerte. Menciona el caso de Federico II de Prusia, quien gustaba hablar del proceso de devolver el cuerpo humano a los elementos que lo integraron. Había mayor identificación de los vivos con los moribundos y su proceso.

Al remontarse a otras épocas, Elias no soslaya el marco que se requiere para percibir la actitud que desea resaltar. Refiere que entre los caballeros del siglo xiii un hombre de cuarenta años era casi un anciano, mientras que en las actuales sociedades industriales esa persona sería un joven. En el Renacimiento las viudas y las madres recibían en sus brazos el cuerpo de sus esposos o hijos como lo reproduce Miguel Ángel en sus esculturas; hoy los médicos y autoridades civi-

les entregan el cadáver a los técnicos de las agencias funerarias.

A lo largo de su exposición, el autor reitera que la muerte es un hecho biológico al que se le da un tratamiento social específico de acuerdo con el estadio de evolución humana y el proceso de civilización. Pero ¿qué es lo que hace que una sociedad le otorgue ciertas características a este hecho biológico? Elias afirma que la problemática sociológica de la muerte surge cuando se cobra conciencia de que lo decisivo en la relación de los seres humanos con ésta, no es el proceso físico por el que atraviesa un cuerpo, sino la idea de la muerte y la actitud que esta idea o representación mental provoca. Lo que resulta insoportable en nuestros días es el enfrentamiento cara a cara con la limitación de la vida individual. No logramos vernos como portadores de una antorcha que hemos de entregar al relevo, no aceptamos la cadena de entramados humanos en la que vivimos, intentamos encubrir la finitud de nuestra individualidad.

Ocultar y reprimir la idea de la muerte, agrega Elias, es una actitud antigua, pero la forma de ocultarla es lo que se ha ido transformando. Siempre ha habido fantasías colectivas para sobreponerse al conocimiento humano de la muerte. A veces las fantasías se acompañan de ilusiones. La idea de la sobrevivencia eterna en otro lugar es vieja y cobra mayor fuerza en ciertas épocas y culturas. Hay otras fantasías, descritas

por Freud, que se asocian con una instancia psíquica inmortal. Las instituciones eclesiásticas, por su parte, ofrecen absolución a los moribundos como signo de comprensión de los temores y culpabilidades que brotan en el proceso de la agonía. Las instituciones hospitalarias tampoco ofrecen lo que el moribundo requiere: en aras de preservar la vida con higiene, impiden la presencia de los familiares, si acaso pueden hacerse presentes de uno en uno. Las empresas dedicadas a la salud y a la muerte privilegian el tratamiento eficiente y la rutina prescrita sobre la necesidad de afecto y comprensión que en su interior reclama el paciente. Antes, dice Elias, se moría con menos asepsia pero con más calor humano. Aunque la forma de cerrar el ciclo vital siempre ha dependido de otros factores como el grupo económico al que se pertenece, la estructura de la personalidad y el grado de satisfacción respecto a los objetivos trazados en la vida.

La conclusión de este estudioso de la civilización es que no hemos querido resolver los horribles problemas que plantea el hecho de morir. El tránsito hacia la muerte es un espacio en blanco en nuestro mapa social, es un tema de investigación pendiente al que estamos invitados.

En la segunda parte de este libro aparece un apéndice en el que, de manera más personal, Norbert Elias com-